

*La Insignia*



*León Felipe*

*La Insignia*



## LA INSIGNIA

Este poema se inició a raíz de la caída de Málaga y adquirió esta expresión después de la caída de Bilbao. Así como va aquí es la última variante, la más estructurada, la que prefiere y suscribe el autor. Y anula todas las demás anteriores que ha publicado la prensa. No se dice esto por razones ni intereses editoriales. Aquí no hay Copyright. Se han impreso quinientos ejemplares para tirarlos al aire de Valencia y que los multiplique el viento.

Valencia, 1937.

León Felipe



### LA INSIGNIA

Alocución poemática

¿HABÉIS hablado ya todos?  
¿Habéis hablado ya todos los españoles?  
Ha hablado el gran responsable revolucionario,  
y los pequeños responsables;  
ha hablado el alto comisario,  
y los comisarios subalternos;  
han hablado los partidos políticos,  
han hablado los gremios,  
los Comités,  
y los Sindicatos,

han hablado los obreros y los campesinos;  
han hablado los menestrales:  
ha hablado el peluquero,  
el mozo de café  
y el limpiabotas.  
Y han hablado los eternos demagogos también.  
Han hablado todos.  
Creo que han hablado todos.  
¿Falta alguno?  
¿Hay algún español que no haya pronunciado su palabra?...  
¿Nadie responde?... (Silencio). Entonces faltó yo sólo.  
Porque el poeta no ha hablado todavía.  
¿Quién ha dicho que ya no hay poetas en el mundo?  
¿Quién ha dicho que ya no hay profetas?

Un día, los reyes y los pueblos,  
para olvidar su destino fatal y dramático  
y para poder suplantar el sacrificio con el cinismo y con la pirueta,  
substituyeron al profeta por el bufón.  
Pero el profeta no es más que la voz vernácula de un pueblo,  
la voz legítima de su Historia,  
el grito de la tierra primera que se levanta en el barullo del mercado, sobre el  
vocerío  
de los traficantes.  
Nada de orgullos  
Ni jerarquías divinas ni genealogías eclesiásticas.  
La voz de los profetas -recordadla-  
Es la que tiene más sabor de barro.  
De barro,  
del barro que ha hecho al árbol -al naranjo y al pino-  
del barro que ha formado  
nuestro cuerpo también.  
Yo no soy más que una voz -la tuya, la de todos-  
la más genuina,  
la más general,  
la más aborigen ahora,  
la más antigua de esta tierra.  
La voz de España que hoy se articula en mi garganta, como pudo articularse en  
otra  
cualquiera.  
Mi voz no es más que la onda de la tierra,  
de nuestra tierra,  
que me coge a mí hoy como una antena propicia.  
Escuchad,  
escuchad, españoles revolucionarios,  
escuchad de rodillas.  
No os arrodilléis ante nadie.  
Os arrodilláis ante vosotros mismos,  
ante vuestra misma voz,  
ante vuestra misma voz que casi habíais olvidado.  
De rodillas. Escuchad.

Españoles,  
españoles revolucionarios,  
españoles de la España legítima,  
que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza para colocarlo  
humildemente  
en el cuadro armonioso de la Historia Universal de mañana,  
y junto al es fuerza generoso de todos los pueblos del mundo...  
escuchad:  
Ahí están -miradlos-  
ahí están, los conocéis bien.  
Andan por toda Valencia,  
están en la retaguardia de Madrid  
y en la retaguardia de Barcelona también.  
Están en todas las retaguardias.  
Son los Comités,  
los partidillos,  
las banderías,  
los Sindicatos,  
los guerrilleros criminales de la retaguardia ciudadana.  
Ahí los tenéis.  
Abrazados a su botín reciente,  
guardándole,  
defendiéndole,  
con una avaricia que no tuvo nunca el más degradado burgués.  
¡A su botín!  
¡Abrazados a su botín!  
Porque no tenéis más que botín.  
No le llaméis ni incautación siquiera.  
El botín se hace derecho legítimo cuando está sellado por una victoria última y  
heroica.  
Se va de lo doméstico a lo histórico,  
y de lo histórico a lo épico.  
Este ha sido siempre el orden que ha llevado la conducta del español en la  
Historia,  
en el ágora  
y hasta en sus transacciones,  
que por eso se ha dicho siempre que el español no aprende nunca bien el  
oficio de mercader.  
Pero ahora,  
en esta revolución,  
el orden se ha invertido.  
Habéis empezado por lo épico,  
habéis pasado por lo histórico  
y ahora aquí,  
en la retaguardia de Valencia,  
frente a todas las derrotas,  
os habéis parado en la domesticidad.  
Y aquí estáis anclados,  
Sindicalistas,  
Comunistas,

Anarquistas,  
Socialistas,

Trotskistas,  
Republicanos de Izquierda...  
Aquí estáis anclados,  
custodiando la rapiña,  
para que no se la lleve vuestro hermano.  
La curva histórica del aristócrata, desde su origen popular y heroico hasta su  
última  
degeneración actual, cubre en España más de tres siglos.  
La del burgués, setenta años.  
Y la vuestra, tres semanas.  
¿Dónde está el hombre?  
¿Dónde está el español?  
Que no he de ir a buscarle al otro lado.  
El otro lado es la tierra maldita, la España maldita de Caín, aunque la haya  
bendecido el Papa.  
Si el español está en algún sitio, ha de ser aquí.  
Pero, ¿dónde, dónde?...  
Porque vosotros os habéis parado ya  
y no hacéis más que enarbolar todos los días nuevas banderas con las  
camisas rotas  
y con los trapos sucios de la cocina.  
Y si entrasen los fascistas en Valencia mañana, os encontrarían a todos  
haciendo  
guardia ante las cajas de caudales.  
Esto no es derrotismo, como decís vosotros.  
Yo sé que mi línea no se quiebra,  
que no la quiebran los hombres,  
y que tengo que llegar hasta Dios para darle cuenta de algo que puso en mis  
manos  
cuando nació la primera sustancia española.  
Esto es lógica inexorable.  
Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata, el pueblo y el ejército  
que  
han tenido un punto de convergencia, aunque este punto sea tan endeble y  
tan absurdo como una medalla de aluminio bendecida por un cura sanguinario.  
Es la insignia de los fascistas.  
Esta medalla es la insignia de los fascistas.  
Una medalla ensangrentada de la Virgen.  
Muy poca cosa.  
Pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una más?

Pueblo español revolucionario,  
¡estás solo!  
¡Solo!  
Sin un hombre y sin un símbolo.  
Sin un emblema místico donde se condense el sacrificio y la disciplina.  
Sin un emblema solo donde se hagan bloque macizo y único todos tus

esfuerzos y  
todos tus sueños de redención.  
Tus insignias,  
tus insignias plurales y enemigas a veces, se las compras en el mercado  
caprichosamente  
al primer chamarilero de la Plaza de Castelar,  
de la Puerta del Sol  
o de las Ramblas de Barcelona.  
Has agotado ya en mil combinaciones egoístas y heterodoxas todas las letras  
del alfabeto.  
Y has puesto de mil maneras diferentes, en la gorra y en la zamarra  
el rojo  
y el negro,  
la hoz,  
el martillo  
y la estrella.  
Pero aún no tienes una estrella SOLA,  
Después de haber escupido y apagado la de Belem.

Espanoles,  
españoles que vivís el momento más trágico de toda nuestra Historia,  
¡estáis solos!  
¡Solos!  
El mundo,  
todo el mundo es nuestro enemigo, y la mitad de nuestra sangre -la sangre  
podrida  
y bastarda de Caín- se ha vuelto contra nosotros también.

¡Hay que encender una estrella!  
¡Una sola, sí!  
Hay que levantar una bandera.  
¡Una sola, sí!  
Y hay que quemar las naves.  
De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.  
Todo me hace pensar que a la muerte.  
No porque nadie me defiende  
sino porque nadie me entiende.  
Nadie entiende en el mundo la palabra "justicia". Ni vosotros siquiera.  
Y mi misión era estamparla en la frente del hombre  
y clavarla después en la Tierra  
como el estandarte de la última victoria.  
Nadie me entiende.  
Y habrá que irse a otro planeta  
con esta mercancía inútil aquí,  
con esta mercancía ibérica y quijotesca.  
¡Vamos a la muerte!  
Sin embargo,  
aún no hemos perdido aquí la última batalla,  
la que se gana siempre pensando que ya no hay más salida que la muerte.  
¡Vamos a la muerte!

Este es nuestro lema.  
Que se despierte Valencia y que se ponga la mortaja.

¡Gritad,  
gritad todos.  
Tú, el pregonero y el speaker,  
echad bandos,  
encended las esquinas con letras rojas  
que anuncien esta sola proclama:  
¡Vamos a la muerte!



En el Frente de Madrid con el Coronel Melero

Que lo oigan todos. Todos.  
Los que trafican con el silencio  
Y los que trafican con las insignias.  
Chamarileros de la Plaza de Castelar,  
chamarileros de la Puerta del Sol,  
chamarileros de las Ramblas de Barcelona  
destrozad,  
quemad vuestra mercancía.  
Ya no hay insignias domésticas,  
ya no hay insignias de latón.  
Ni para los gorros  
ni para las zamarras.  
Ya no hay cédulas de identificación.  
Ya no hay más cartas legalizadas  
ni por los Comités  
ni por los Sindicatos.  
¡Que les quiten a todos los carnets!  
Ya no hay más que un problema.

Ya no hay más que una estrella,  
Una sola, SOLA, y ROJA, sí,  
pero de sangre y en la frente,  
que todo español revolucionario ha de hacérsela  
hoy mismo,  
ahora mismo  
y con sus propias manos.  
Preparad los cuchillos,  
aguzad las navajas,  
calentad al rojo vivo los hierros.  
Id a las fraguas.  
Que os pongan en la frente el sello de la justicia.  
Madres,  
madres revolucionarias,  
estampad este grito indeleble de justicia  
en la frente de vuestros hijos.  
Allí donde habéis puesto siempre vuestros besos más limpios.  
(Esto no es una imagen retórica.  
Yo no soy el poeta de la retórica.  
Ya no hay retórica.  
La revolución ha quemado  
todas las retóricas.)  
Que nadie os engañe más.  
Que no haya pasaportes falsos  
ni de papel  
ni de cartón  
ni de hoja de lata.  
Que no haya más disfraces  
ni para el tímido  
ni para el frívolo  
ni para el hipócrita  
ni para el clown  
ni para el comediante.  
Que no haya más disfraces ni para el espía que se sienta a vuestro lado en el  
café,  
ni para el emboscado que no sale de su madriguera.  
Que no se escondan más en un indumento proletario esos que aguardan a  
Franco con  
las últimas botellas de champán en la bodega.  
Todo aquel que no lleve mañana este emblema español revolucionario, este  
grito de  
¡Justicia! sangrando en la frente, pertenece a la Quinta Columna.

Ninguna salida ya  
a las posibles traiciones.  
Que no piense ya nadie  
en romper documentos comprometedores  
ni en quemar ficheros  
ni en tirar la gorra a la cuneta  
en las huídas premeditadas.  
Ya no hay huídas.

En España ya no hay más que dos posiciones fijas e inmovibles.  
Para hoy y para mañana.  
La de los que alzan la mano para decir cínicamente: "Yo soy un bastardo español"  
y la de los que la cierran con ira para pedir justicia bajo los cielos implacables.  
Pero ahora este juego de las manos ya no basta tampoco.  
Hace falta más.  
Hacen falta estrellas, sí, muchas estrellas,  
pero de sangre,  
porque la retaguardia tiene que dar la suya también.

Una estrella de sangre roja,  
de sangre roja española.  
Que no haya ya quien diga:  
esa estrella es de sangre extranjera.  
Y que no sea obligatoria tampoco.  
Que mañana no pueda hablar nadie de imposiciones,  
que no pueda decir ninguno que se le puso la pistola en el pecho.  
Es un tatuaje revolucionario, sí.  
Yo soy revolucionario,  
España es revolucionaria,  
Don Quijote es revolucionario.  
Lo somos todos. Todos.  
Todos los que sienten este sabor de justicia que hay en nuestra sangre y que  
se nos  
hace hiel y ceniza cuando sopla el viento del norte.  
Es un tatuaje revolucionario,  
pero español.  
Y heroico también.  
Y voluntario además.  
Es un tatuaje que buscamos sólo para definir nuestra fe.  
No es más que una definición de fe.

Hay dos vientos hoy que sacuden furiosos a los hombres de España,  
dos ráfagas fatales que empujan a los hombres de Valencia.  
El viento dramático de los grandes destinos, que arrastra a los héroes a la  
victoria o  
a la muerte,  
y la ráfaga de los pánicos incontrolables que se lleva la carne muerta y podrida  
de los  
nafragios a las playas de la cobardía y del silencio.  
Hay dos vientos, ¿no los oís?  
Hay dos vientos, españoles de Valencia.  
El uno va a la Historia.  
El otro va al silencio.  
El uno va a la épica.  
El otro a la vergüenza.

Responsables:  
El gran responsable y los pequeños responsables:  
Abrid las puertas,

derribad las vallas de los Pirineos.  
Dadle camino franco  
a la ráfaga amarilla de los que tiemblan.  
Una vez más veré el rebaño de los cobardes huir hacia el ludibrio.  
Una vez más veré en piara la cobardía.  
Os veré otra vez  
robándole el asiento  
a los niños y a las madres.  
Os veré otra vez.  
Pero vosotros os estaréis viendo siempre.  
Un día moriréis fuera de vuestra Patria. En la cama tal vez. En una cama de  
sábanas  
blancas, con los pies desnudos (no con los zapatos puestos, como ahora se  
muere en España), con los pies desnudos y ungidos, acaso, con los óleos  
santos. Porque moriréis muy santamente, y de seguro con un crucifijo y con  
una oración de arrepentimiento en los labios. Estaréis ya casi con la muerte,  
que llega siempre. Y os acordaréis -¡claro que os acordaréis!- de esta vez que  
la huisteis y la burlasteis, usurpándole el asiento a un niño en un autobús de  
evacuación. Será vuestro último pensamiento. Y allá, al otro lado, cuando ya no  
seáis más que una conciencia suelta, en el tiempo y en el espacio, y caigáis  
precipitados al fin en los tormentos dantescos -porque o creo en el infierno  
también- no os veréis más que así, siempre, siempre, siempre,  
robándole el asiento a un niño en un autobús de evacuación.  
El castigo del cobarde ya sin paz y sin salvación por toda la eternidad.  
No importa que no tengas un fusil,  
quédate aquí con tu fe.  
No oigas a los que dicen: la huída puede ser una política.  
No hay más política en la Historia que la sangre.  
A mí no me asusta la sangre que se vierta,  
a mí me alegra la sangre que se vierte.  
Hay una flor en el mundo que sólo puede crecer si se la riega con sangre.  
La sangre del hombre  
está hecha no sólo para mover su corazón  
sino para llenar los ríos de la Tierra,  
las venas de la Tierra, y mover el corazón del mundo.

¡Cobardes: hacia los Pirineos, al destierro!  
¡Héroes: a los frentes, a la muerte!

(El rumbo a América a bordo del Bretagne)

Responsables:  
el grande y los pequeños responsables:  
organizad el heroísmo,  
unificad el sacrificio.  
Un mando único. Sí.  
Pero para el último martirio.  
¡Vamos a la muerte!  
Que lo oiga todo el mundo.  
Que lo oigan los espías.  
¿Qué importa ya que lo oigan los espías?

Que lo oigan ellos, los bastardos.  
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?  
¿Qué importan ya todas esas voces de allá abajo,  
si empezamos a cabalgar sobre la épica?  
A estas alturas de la Historia ya no se oye nada.  
Se va hacia la muerte...  
y abajo queda el mundo de las raposas,  
y de los que pactan con las raposas.



En un mitin en Valencia

Abajo quedas tú, Inglaterra,  
vieja raposa avarienta,  
que tienes parada la Historia de Occidente hace más de tres siglos  
y encadenado a Don Quijote.  
Cuando acabe tu vida  
y vengas ante la Historia grande  
donde te aguardo yo,  
¿qué vas a decir?  
¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para engañar a Dios?  
¡Raposa!  
¡Hija de raposas!  
Italia es más noble que tú.  
Y Alemania también.  
En sus rapiñas y en sus crímenes  
hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo en el que no pueden respirar los  
mercaderes,  
un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo a la última carta, que no  
pueden  
comprender los hombres pragmáticos.

Si abriesen sus puertas a los vientos del mundo,  
si las abriesen de par en par,  
y pasaran por ellas la Justicia  
y la Democracia Heroica del hombre,  
yo pactaría con las dos para echar sobre tu cara de vieja raposa sin dignidad y  
sin amor  
toda la saliva y todo el excremento del mundo.  
¡Vieja raposa avarienta:  
has escondido,  
soterrado en tu corral,  
la llave milagrosa que abre la puerta diamantina de la Historia...  
No sabes nada.  
No entiendes nada y te metes en todas las casas  
a cerrar ventanas  
y a cegar la luz de las estrellas!  
Y los hombres te ven y te dejan.  
Te dejan porque creen que ya se les han acabado los rayos a Júpiter.  
Pero las estrellas no duermen.

No sabes nada.  
Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta, y tus hijos, ahora, no pueden  
abrirla  
para que entren los primeros rayos de la aurora nueva del mundo.  
Vieja raposa avarienta,  
eres un gran mercader.  
Sabes llevar muy bien  
las cuentas de la cocina  
y piensas que yo no sé contar.  
Sí sé contar.  
He contado mis muertos.  
Los he contado todos,  
los he contado uno por uno.  
Los he contado en Madrid,  
los he contado en Oviedo,  
los he contado en Málaga,  
los he contado en Guernica,  
los he contado en Bilbao...  
Los he contado en todas las trincheras,  
en los hospitales,  
en los depósitos de los cementerios,  
en las cunetas de las carreteras,  
en los escombros de las casas bombardeadas.  
Contando muertos este otoño por el Paseo de El Prado, creí una noche que  
caminaba  
sobre barro, y eran sesos humanos que tuve por mucho tiempo pegados a  
la suela de mis zapatos.  
El 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres, conté trescientos niños  
muertos...  
Los he contado en los carros de las ambulancias,  
en los hoteles,  
en los tranvías,

en el Metro...,  
en las mañanas lívidas,  
en las noches negras sin alumbrado y sin estrellas...  
y en tu conciencia todos...  
Y todos te los he cargado a tu cuenta.  
¡Ya ves si sé contar!  
Eres la vieja portera del mundo de Occidente,  
tienes desde hace mucho tiempo las llaves de todos los postigos de Europa y  
puedes dejar entrar y salir a quien se te antoje.  
Y ahora, por cobardía,  
por cobardía nada más,  
porque quieres guardar tu despensa hasta el último día de la Historia,  
has dejado meterse en mi solar  
a los raposos y a los lobos confabulados del mundo  
para que se sacien en mi sangre  
y no pidan enseguida la tuya.  
Pero ya la pedirán,  
ya la pedirán las estrellas...

Y aquí otra vez,  
aquí  
en estas alturas solitarias.  
Aquí,  
donde se oye sin descanso la voz milenaria  
de los vientos,  
del agua y de la arcilla  
que nos ha ido formando a todos los hombres.  
Aquí, donde no llega el desgañitado vocerío de la propaganda mercenaria.  
Aquí,  
donde no tiene resuello ni vida el asma de los diplomáticos.  
Aquí,  
donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no tienen papel.  
Aquí, aquí  
ante la Historia,  
ante la Historia grande  
(la otra,  
la que vuestro orgullo de gusanos enseña a los niños de las escuelas,  
no es más que un registro de mentiras  
y un índice de crímenes y vanidades).  
Aquí, aquí  
bajo la luz de las estrellas,  
sobre la tierra eterna y prístina del mundo  
y en la presencia misma de Dios.  
Aquí, aquí, aquí  
quiero decir ahora mi última palabra:

Espanoles,  
españoles revolucionarios:  
¡El hombre se ha muerto!  
Callad, callad.  
Romped los altavoces

y las antenas,  
arrancad de cuajo todos los carteles que anuncian vuestro drama en las  
esquinas del mundo.  
¿Denuncias? ¿Ante quién?  
Romped el Libro Blanco,  
no volváis más vuestra boca con llamadas y lamentos hacia la tierra vacía.  
¡El hombre se ha muerto!  
Y sólo las estrellas pueden formar ya el coro de nuestro trágico destino.  
No gritéis ya más vuestro martirio.  
El martirio no se pregona,  
se soporta  
y se echa en los hombros como un legado y como un orgullo.  
La tragedia es mía,  
mía,  
que no me la robe nadie.  
Fuera,  
Fuera todos.  
Todos.  
Yo aquí sola.  
Sola  
bajo las estrellas y los Dioses.  
¿Quiénes sois vosotros?  
¿Cuál es vuestro nombre?  
¿De qué vientre venís?  
Fuera... Fuera... ¡Raposos!  
Aquí,  
yo sola. Sola,  
con la Justicia ahorcada.  
Sola,  
con el cadáver de la Justicia entre mis manos.  
Aquí  
yo sola, sola  
con la conciencia humana,  
quieta,  
parada,  
asesinada para siempre  
en esta hora de la Historia  
y en esta tierra de España,  
por todos los raposos del mundo.  
Por todos,  
por todos.  
¡Raposos!  
¡Raposos!  
¡Raposos!  
El mundo no es más que una madriguera de raposos y la Justicia una flor que  
ya no prende en ninguna latitud.

Españoles,  
españoles revolucionarios.  
¡Vamos a la muerte!  
Que lo oigan los espías.

¿Qué importa ya que lo oigan los espías?  
Que lo oigan ellos, los bastardos.  
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?  
A estas alturas de la Historia  
ya no se oye nada.  
Se va hacia la muerte  
y abajo queda el mundo irrespirable de los raposos y de los que pactan con los raposos.  
¡Vamos a la muerte!  
¡Que se despierte Valencia  
y que se ponga la mortaja!...



En la Calle Toledo, esquina a la calle Colegiata, junto a la Catedral de San Isidro

## **EPÍLOGO**

Escuchad todavía...  
Refrescad antes mis labios y mi frente... tengo sed...  
Y quiero hablar con palabras de amor y de esperanza.  
Oíd ahora:  
la Justicia vale más que un imperio, aunque este imperio abarque toda la curva del Sol.  
Y cuando la Justicia está herida de muerte y nos llama en agonía desesperada, no podemos decir:  
"yo aun no estoy preparado".  
Esto está escrito en mi Biblia,  
en mi Historia,

en mi Historia infantil y grotesca,  
y mientras los hombres no lo aprendan el mundo no se salva.

Yo soy el grito primero, cárdeno y bermejo, de las grandes auroras de  
Occidente.

Ayer, sobre mi sangre mañanera, el mundo burgués edificó en América todas  
sus factorías y mercados,  
sobre mis muertos de hoy, el mundo de mañana levantará la Primera Casa del  
Hombre.

Y yo volveré,  
volveré porque aun hay lanzas y hiel sobre la Tierra.  
Volveré,  
volveré con mi pecho y con la Aurora otra vez.

*León Felipe*

